

## **OGIGIA o LA LLAMADA DEL MAR.**

Personajes: Odiseo y Calipso.

*En la orilla del mar Ulises mira hacia el horizonte y en silencio escucha las olas romper contra las rocas. Su gesto es de una enorme tristeza. La ninfa Calipso se acerca lentamente hacia él sin ser vista y coloca su mano sobre el hombro de Ulises. Entonces él vuelve el rostro y la mira en silencio.*

**Calipso (C).** ¿Qué es lo que te atormenta? Llevas ya meses evitándome y tu tristeza me hace muy desdichada. ¿Por qué no es todo como antes, cuando retozábamos en nuestro lecho todas las noches y esperábamos la salida del sol abrazados como buenos amantes? Ulises, hace ya meses que ni me miras ni vienes a mi cámara a disfrutar de los placeres del amor. Ni siquiera atiendes a tus hijos, a los que siempre has querido mucho. Recuerdo cuando eran más pequeños y los llevabas sobre tus hombros paseando por la orilla del mar contándoles historias de viajeros que se enfrentaban a monstruos marinos o a tempestades jamás oídas. ¿Acaso has dejado de amarlos? ¿Te acuerdas cuando por la noche bajo el manto estrellado les narrabas aquellas aventuras que decías que había tenido que afrontar un viajero odiado por Poseidón? ¿No te das cuenta que te echamos de menos, ellos y yo? Estás aquí, pero estás ausente y algo aflige tu corazón que te ha cambiado. Ulises, cuéntame qué te atormenta. Yo te amo y quiero compartir contigo tus penas por si puedo ayudarte a aliviarlas.

**Ulises (U.).** *Agarrándola por la cintura y colocándola junto a él mirando hacia el mar.* Amada Calipso, esposa y madre de mis hijos, consuelo de mis penas durante estos siete años que he pasado junto a ti en tu isla, la frondosa y fértil Ogigia. Siempre te estaré agradecido por todo lo que has hecho por mí, por tu paciencia y tu comprensión, por el amor que me has profesado, a mí y a mis hijos, a esos dos pequeños que durante estos años han llenado el vacío de mi alma. Pero ahora ya no puedo más. Oigo voces que me llaman allende el mar. No aquellas voces de las sirenas que pude evitar hace unos años, cuando volvía de Troya con mis compañeros. ¡Desdichados! ¡Cómo os fulminó Zeus con su rayo por haber sacrificado las vacas de la isla de Helios! ¡No pude hacer nada por salvaros! Aquí, a las costas de Ogigia me arrastró el piélago agarrado al mástil de la nave. Llegué sin fuerzas, casi sin recordar quién era. Incluso creí haber muerto cuando te vi acercarte a mí tan hermosa, con esa mirada que me daba calor y paz. ¿Eres diosa o mortal? Te pregunté. Nada respondiste. Sólo tu mirada cálida y las caricias de tus manos entrelazadas en mi cabellera llena de salitre me consolaron. Nada más. Me gusta recordar aquella paz. Entonces el silencio acalló el ruido de las olas rompiendo en la orilla y el silbido del viento se apagó milagrosamente. Y yo veía en la profundidad de tus ojos el mar. No he vuelto a sentir nada parecido.

¡Ojalá volvieran esos días! ¡Ojalá las noches en las que la luna se reflejaba en el mar y observaba nuestro amor furtivo regresaran! Ahora nada de eso me consuela. Sólo oigo las voces que bloquean mi mente y que me hacen pensar en Ítaca y Penélope. No sé qué me sucede. El mar me llama, me invita a partir hacia mi tierra patria.

**C.** *Contrariada.* ¡No hablabas de Penélope y de tu patria cuando gozabas en el lecho conmigo! Tu esposa te habrá olvidado después de tantos años. Casi veinte años ausente llevas de tu casa. ¿Acaso piensas que tu trono vacío no habrá sido ocupado por otro hombre? ¡Ese también ocupará ahora tu lecho junto a tu esposa! Acuérdate de lo que le ocurrió a Agamenón cuando regresó a Micenas, rica en oro, una vez terminada la guerra de Troya. Allí le esperaba la muerte. Su esposa Clitemnestra hacía años que se había apoderado del reino junto a su amante Egisto. ¡Illuso! Pensaba que volvía al calor del hogar a pasar junto a su esposa los últimos años de una vejez dulce. Pero encontró la muerte. Egisto cogió el hacha y le asestó un golpe mortal. ¿Quieres que te ocurra a ti lo mismo? ¿Cómo puedes desear un regreso incierto y oscuro a tu patria antes que una vida plácida y dichosa junto a mí y a tus dos hijos? ¿Es que no sientes nada por nosotros? ¿Acaso no te conmueve abandonarnos en esta isla?

**U.** No soy yo. Son las voces. ¡Claro que me apena abandonaros a ti y a mis hijos! ¿Cómo no iba a ser así? Pero esas voces. Entran en mi cabeza y no se van. Me bloquean. Se convierten en toda una obsesión. Soy un hombre débil y mortal, y los mortales no podemos evitar nuestro destino.

**C.** Tus palabras me ofenden y me hacen mucho daño. ¿Cuántas veces has rechazado el regalo que llevo tantos años ofreciéndote? Con él serías más libre, esquivarías los golpes del destino, serías un hombre eternamente feliz.

**U.** Ya hemos hablado muchas veces de eso. Y sé que me lo ofreces de corazón. ¡La inmortalidad! ¡Qué gran regalo! ¡Cómo la desearían muchos mortales! No tener que pensar en la vejez o en la muerte, que tanto nos atormenta. Olvidar el viaje hacia el Hades y la incertidumbre de una amarga vida más allá de la muerte. Yo bajé a los infiernos a preguntar a Tiresias por mi destino aconsejado por Circe. Vi el río de fuego y las tenebrosas puertas del Averno. Un lugar maldito al que no desearía regresar. Pero lo más doloroso fue ver el sufrimiento de las almas que se encuentran en el Hades. Allí estaba mi amada madre, Anticlea, que lloraba mi ausencia en Ítaca. Tanto dolor sentía por el hijo ausente que le causó la muerte. Ella me habló de Laertes, mi anciano padre, que vive ahora retirado en el campo esperando mi regreso. Y de mi hijo, Telémaco, que será ya un joven de veinte años y al que no conozco. ¿Habrá sido capaz de gobernar mi reino? ¿Podrá proteger mi hacienda y a su madre, Penélope?

**C.** No te atormentes más con funestos recuerdos. Piensa en el presente, en el aquí y el ahora. Mírame. ¿No te parezco hermosa? ¿No crees que seré capaz de hacerte feliz eternamente? Anda, descansa junto a mí y no pienses más en las aguas oscuras del Averno. Tú sabes que, si quieres, puedes evitarlas. Sólo basta con que aceptes mi regalo.

**U.** ¡La inmortalidad! No la quiso tampoco el valeroso Aquiles. ¡Tal vez se equivocó! También lo vi entre las almas que acudían al olor de la sangre de los carneros sacrificados. El más valiente de los héroes que fueron a combatir contra Troya no era más que una sombra inerte y triste. Le pregunté si allí también era príncipe de guerreros. Creo que intentó sonreír, pero sólo una mueca se dibujó en su rostro. “Ulises, el más astuto de los aqueos ante las murallas de Troya, no sabes lo que dices.

Preferiría ser el hombre más pobre del mundo entre los vivos antes que el guerrero más poderoso entre los muertos”. Eso dijo. Me pareció ver algunas lágrimas deslizándose por sus mejillas. Tal vez se equivocó cuando, a pesar de que sabía que moriría en la guerra contra Troya, prefirió la muerte con gloria siendo joven antes que una vida plácida y duradera, que nadie nunca más recordaría. Ni su madre Tetis consiguió hacerle inmortal cuando lo bañó en aquel licor siendo muy niño. El talón por el que le asía no se impregnó del sagrado líquido y fue por él por donde penetró la muerte. Así estaba escrito. Pero la gloria... ¿no es también una forma de inmortalidad? ¿No serán cantadas las gestas de Aquiles siempre por los poetas? Y él no sufrirá viendo morir a los que ama. Tal vez sea esa la inmortalidad que yo deseo.

**C.** Pero no hay garantías, amado Ulises, de que tus gestas sean cantadas por poetas. Serás un reyezuelo más en un pequeño reino del que sólo un nombre quedará grabado sobre alguna lápida. Aquí serás siempre un dios en una isla divina y no te faltará nunca el amor ni la felicidad. ¡Cuántos sufrimientos más tendrás que soportar, si vuelves a tu patria atravesando el oscuro mar! ¿Acabarán contigo los que pretenden tu trono? ¿Acaso tu esposa espera tu llegada junto a su amante para darte una muerte funesta?. ¿Y tu hijo qué? Ni siquiera te conoce. ¡Cuán doloroso será ver la indiferencia en su rostro cuando te mire por primera vez, al decirle que eres su padre! Aquí tienes dos hijos que te quieren, que no han dejado de verte ni un instante, que necesitan tus abrazos, que tienen que ser instruidos por ti en las artes de la mar y de la guerra. ¿Qué será de ellos si te vas? ¿Crees que podrán llegar a ser hombres valerosos, dignos de su padre, si sólo una mujer, por muy diosa que sea, los educa?

**U.** ¡Calla! No atormentes más mi corazón con tus palabras. Más quisiera yo no tener la duda en el pecho y poder aceptar tu regalo. Pero esas voces... Me llaman, Ssshhhh. ¿Las oyes? Quieren que parta de nuevo por los caminos de espuma.

**C.** Bastante ya viajaste por el ponto. Perdiste tus naves y tus hombres y milagrosamente llegaste aquí evitando la cólera de Poseidón. ¿O no recuerdas ya que es este dios quien te aguarda ahí fuera para aumentar tus desgracias? ¿Quieres poner en riesgo de nuevo tu vida? ¿No has tenido suficiente con los trabajos que durante diez años tuviste que soportar? Diez años, Ulises. Diez años vagando por el mar sin encontrar el rumbo. Y finalmente llegaste a mí. Te trajeron los dioses. ¿No puedes entenderlo? Este es tu destino. ¿Por qué no me dejas cerrar el círculo? El círculo. La perfección. Tú y yo para siempre, aquí, inmortales.

**U.** Inmortales. El círculo. La perfección. Ya veo arrugas en mis manos y en mi rostro, y las fuerzas me flaquean cuando corto leña para calentar el hogar. Mis piernas pesan más de lo debido cuando subo a lo alto de la loma para divisar el horizonte. Si fuera otra vez joven...

**C.** Sólo pídemelo. Sólo pídemelo. Y serás de nuevo aquel astuto y ágil Ulises que cegó a Polifemo...

*Ulises parece animarse.*

**U.** Entonces era joven y vigoroso y mis compañeros me respetaban por mi astucia y por mi ingenio. Recuerdo el día en que llegamos a la isla de los cíclopes a buscar provisiones para avituallar la nave. Comenzaba ya la primavera y hacía mucho calor. Demasiado calor. En lo alto de unos riscos vimos una cueva y decidimos seguir las huellas de ida y vuelta que las ovejas y las cabras habían dejado marcando el camino hacia ella. Entramos en la cueva y dentro vimos restos de comida, un aprisco al fondo, donde se guardaban las ovejas, los rescoldos de un fuego todavía humeante. Algunos quesos apilados, algo de fruta. También había allí vasijas y herramientas de un tamaño considerable, que pronto descubrimos acorde con su dueño. Porque de improviso llegó el cíclope, un gigante de un solo ojo en medio de la frente. Con su cuerpo ocultó la entrada y ensombreció toda la cueva. Nada más llegar y una vez que introdujo las ovejas al aprisco, colocó una enorme piedra para tapar la salida. Nosotros corrimos a lo más profundo de la caverna, para no ser vistos. Cuando el cíclope encendió las antorchas para alumbrarse nos descubrió. Al vernos nos preguntó quiénes éramos y de dónde veníamos navegando. Le respondí que éramos griegos que veníamos de Troya una vez destruida la ciudad y que le solicitábamos los dones de la hospitalidad, según las leyes de Zeus. Su carcajada nos hizo estremecer. Mira qué hago yo con las leyes de Zeus, dijo; y cogió de un golpe a dos de mis compañeros, los golpeó contra el suelo, derramando sus cerebros y empapando la tierra, y se los tragó de un bocado. Luego me preguntó mi nombre. Yo le dije, previendo algún engaño, que me llamaba “Nadie”. “Pues a ti, Nadie, te comeré el último. Así cumpliré con las leyes de la hospitalidad”. Mis compañeros estaban desesperados y el miedo les atenazaba. Pero en aquel tiempo mi ingenio no era menor que mi vigor. Ofrecí vino al cíclope para acompañar su cruento banquete. ¿Qué es este licor?, dijo. Mis miembros se relajan y el dulce sueño me invade. Es vino, le contesté, la sangre de la tierra. La sangre de la tierra, repitió el cíclope perdiendo poco a poco la conciencia. Dame más, más vino. Así decía mientras se bebía todo el vino que le ofrecíamos en los odres. Al final quedó profundamente dormido. Yo había observado que en un rincón del aprisco se encontraba un tronco de olivo. Pedí a mis compañeros que lo afilaran con sus espadas y calentaran la punta en el fuego. Una vez endurecido lo elevamos entre todos y lo clavamos en el único ojo de Polifemo. Fue horrible su alarido. Sus rugidos y lamentos inundaron toda la gruta y salieron a través de los resquicios de la entrada hasta el exterior. Acudieron enseguida los demás cíclopes que preguntaban “¿Qué te ocurre, Polifemo? ¿A qué vienen tan terribles alaridos?” “Nadie me ha cegado, Nadie me ataca”, decía Polifemo tapando su ojo ensangrentado. “Pues si nadie te ha cegado debes haber enloquecido o algún dios te ha castigado por haber sido impío”. Y tras decir esto se marcharon.

Pasamos la noche ocultos entre las ovejas. Polifemo cansado se durmió hasta que los rayos de sol que se colaban por los resquicios de la piedra que tapaba la entrada calentaron su rostro. Entonces despertó y siguió con sus lamentos. Yo obligué a mis compañeros a que se aferrasen a las panzas de las lanudas ovejas para salir de la gruta sin ser vistos cuando el cíclope apartara la piedra de la entrada. Y así hicimos. Después, una vez fuera, desde la nave reproché al cíclope no haber sido hospitalario con nosotros y le dije quién era en realidad: Soy Odiseo, el hijo de Laertes, grité. Ese fue el origen de todos mis males. Me maldijo y pidió a su padre Poseidón que vengara la desgracia sufrida por su hijo.

¡Si todavía fuese tan vigoroso y joven!

**C.** *Sonriendo.* Todavía podrás afrontar trabajos más difíciles, si dejas que haga de ti un dios. Mírate. Tu barba comienza a encanecerse. Tus miembros pierden vigor por la desidia y la falta de ejercicio. Deja que mitigue tus cuitas y fortalezca tu cuerpo.

**U.** Me ofreces algo que ya rechacé en Eea, la isla de Circe. También ella me retuvo durante dos años, colmándome con todos los placeres inimaginables. Quiso retenerme allí para siempre. Perdí incluso la noción del tiempo. Sólo el requerimiento de mis compañeros me hizo ser consciente de mi destino. Entonces le pedí que me dejara partir y ella aceptó mi ruego. ¿Por qué no puedes tú hacer lo mismo?

**C.** Me duele que me compares con mujeres que incluso son inferiores a mis sirvientas. ¿Cómo puedes considerar iguales a una simple bruja hacedora de brebajes y a una diosa inmortal? Circe aceptó tu partida, porque ella no podía ofrecerte ya nada mejor. Todo era rutina y tus hombres desesperaban por llegar a sus casas.

**U.** No hables así de ella. Fue comprensiva y supo entender que mi destino no estaba allí junto a ella. Supo darme consejos sin rencor para que mi viaje de regreso evitara los peligros. Me indicó cómo bajar al Hades y consultar a Tiresias, me advirtió del peligro de las sirenas y de las terribles Escila y Caribdis.

**C.** ¡Mejor hubieras perecido junto a tus compañeros devorado por Escila o tragado por el remolino Caribdis! ¡Cuánto sufrimiento me habrías evitado! ¿Por qué he tenido que conocerte? No puedo dejar de quererte y sufro. Sufro porque me siento abandonada, porque percibo el desprecio de mi amor en tu mirada. Me he entregado a ti, te he dado dos hijos, te he hecho feliz durante 7 años. Y así me lo pagas.

**U.** Son las voces. El mar me llama. No puedo evitarlo. Ni los hombres ni los dioses son dueños de su destino.

**C.** El destino. La moira. El pretexto que todo lo justifica. Tu destino está aquí junto a mí y a nuestros hijos. Aquí te trajo el mar. Aquí te empujaron los dioses cuando sobreviviste al naufragio. ¿A qué luchar contra esta realidad? No me escuchas. No quieres aceptar lo que todos los mortales ansían: la inmortalidad. Una vida dichosa libre de sufrimientos. La perfección.

**U.** Son las voces. Ya te lo he dicho. Te he amado y te amo todavía. Has dejado en mí una huella imborrable. Quiero a mis hijos y me duele abandonarlos. Tenlo por seguro. Pero esas malditas voces que vienen de las profundidades del mar están dentro de mi cabeza y no se van. El corazón se me inunda de nostalgia y sólo me obsesiona arribar a Ítaca. Quiero partir. No sé qué peligros me acechan, pero quiero partir. Déjame partir, te lo suplico. Algún día tal vez regrese con el corazón sosegado. Quién sabe.

**C.** Cuánto daría por poder tapar tus oídos con cera, como hiciste con tus compañeros cuando pasasteis junto a la isla de las sirenas. Tal vez estas voces que oyes ahora sean también engañosas. No sabemos cuáles son los planes que trazan los dioses para los mortales. Ten cuidado, no sea que alguna deidad envidiosa del regalo que te hago quiera acabar con nuestra felicidad de esta manera.

**U.** No puedo considerar todas las posibilidades. Mis sentimientos son los que me mueven ahora. Mi mente está en blanco. Sólo oigo la llamada del mar. Déjame partir, te lo suplico.

**C.** Como tú no dejaste que tus compañeros fueran hacia las voces engañosas de las sirenas, tampoco yo te dejaré partir ahora. Espero que algún día me perdones y comprendas que el amor que te tengo me obliga a mantenerme inquebrantable. Márchate ahora junto a tus hijos. Tal vez ellos puedan hacerte cambiar de opinión. Déjame aquí, sola junto al mar.

*Ulises se va despacio caminando por la orilla del mar. Sale de escena. Calipso delante del público mira al cielo y dice:*

¡Oh padre Zeus! ¿Por qué no dejas que sea feliz junto a mi amado? ¿Qué hombre no aceptaría el regalo que le ofrezco? Eternamente joven, vigoroso, con los cabellos siempre dorados, sin sufrir enfermedades ni la odiosa vejez. ¿Por qué Ulises lo rechaza? Su voluntad estás manipulando. No tengo dudas. ¿Qué mal he hecho yo a los dioses? ¿Qué afrenta cometió Calipso contra los inmortales? Vivo aquí apartada de todo desde hace mucho tiempo, en la soledad a la que la inmortalidad me obliga. Ahora por fin había encontrado la felicidad, la felicidad de un instante. Pero me la arrebatáis, haciendo enloquecer a quien más amo. ¡Oh padre Zeus! Dime qué puedo y debo hacer. Mantenerlo por la fuerza también me hará sufrir. Espero tu señal. Si tú lo ordenas, lo dejaré marchar. Aunque bañe mi eternidad en un mar de lágrimas, lo dejaré marchar.

**FIN.**